

TRES NOTAS



**Manuel
González Sosa**

GALDOS Y EL HUMOR

Más de una vez, leyendo a nuestra amiga la profesora Mille Joseette Blanquat, hemos caído en la cuenta de lo fácil que resultaría para algunos escritores peninsulares acertar con el sentido y la filiación de ciertos rasgos de la psicología de Galdós. Don Benito, visto a la luz -o, simplemente, a contraluz, del contexto canario (geografía/tradición sobre todo, la resumidora indiosincrasia)-, se aparecería menos enigmático de lo que pretenden algunos.

Su timidez (legado de nuestro colectivo complejo de inferioridad), su humor nada celtibérico, su taciturnidad nunca sombría, también aquella especie de candor que conmovía al férreo y admirable Pablo Iglesias, son, por ejemplo, vetas de su personalidad que es menester interpretar sin olvidarse de que muchas facies del prisma anímico del hombre Benito Pérez Galdós eran hechura, remodelada luego, de nuestra concreta circunstancia insular.

No hace mucho, en un estudio por otra parte muy interesante, Laureano Benet se refiere de pasada a "esa ironía tan anglosañada que hacía gala Galdós...", sin duda porque desconoce los matices del humor isleño, tan extraño al acedo vapor espiritual que exudan muchos de los natura-

les de la piel de toro. (Distinto, a su vez, según el marco geográfico en que tiene sus raíces: sur, centro, Galicia y algún otro; porque realmente hay parcelas hispánicas de las cuales pudiera decirse que el sentido del humor no entra como ingrediente destacado en el talante de sus hijos: tal -se me ocurre- Cataluña).

Por supuesto que Marañón, más sagaz y enterado, no incurrió en semejante miopía. Por ello, siempre lamentaremos que su muerte nos privara de la que sin duda hubiera sido la biografía más lúcida y completa de Galdós; pues sabido es que entre sus proyectos figuraba éste de transuntar en libro la trayectoria vital del novelista canario y sus paisajes sucesivos.

MIGUEL SARMIENTO

¿Quién se acuerda entre nosotros de Miguel Sarmiento? Desde luego, aunque no con frecuencia lo suficientemente fértil, quienes le conocieron personalmente; y puede que algún escotero rastreador de nuestras buenas letras, puesto en la pista que lleva a la querencia de su obra gracias a un fortuito encuentro con el breve tomo de "Lo que fui".

De las generaciones últimas (que empiezan por desconocer dato tan elemental, al nivel de una discreta curiosidad literaria, como lo es la nómina de los principales autores de la "Colección para 30 bibliófilos"), de las generaciones últimas hasta podría afirmarse sin escrúpulos que ni siquiera tienen noticia que haya existido este admirable prosador.

Y es una lástima; peor aun: una gruesa injusticia. Sobre todo si reparamos en el incienso que humea demasíadamente ante la memoria y la obra de otros escritores regionales de menor importancia.

Se me ocurre que una buena fórmula para suscitar la atención en torno a la obra de Miguel Sarmiento sería sin duda la publicación de un muestrario de sus

cuentos. E incluso se podría crear un premio anual que llevara su nombre y sirviera para distinguir, con las suficientes garantías, a una narración, a un cuento, a cualquier tipo de fabulación literaria que no incidiera en el tamaño ni en la complejidad de una novela.

ALUD DE LIBROS

Los escaparates de nuestras librerías se nos presentan a veces casi agobiados por la abundancia de libros, libritos y libriculos de reciente aparición tipográfica.

¿Es esto una buena señal? En principio, si nos atenemos a la mirada de conjunto, con prescindencia de todo criterio de calidad y sazón, el hecho puede resultar en extremo confortador. Pero se trata de una falsa impresión, desde luego. Hay mucha tentativa malograda, demasiada obra más o menos tosca que no debió desertar de la carpeta de los ensayos fallidos. Porque ni por piensos pretendemos negarle a nadie el derecho de ejercitarse en la escritura literaria.

Simplemente, quisiéramos recomendar una más rigurosa autoexigencia; un pudor publicitario menos quebradizo. En beneficio de todos: de la misma literatura; del prestigio cultural de la colectividad; de la propia conveniencia del autor inmaturo (¿sólo inmaturo?), ya que el margen de crédito que se abre automáticamente a toda vocación incipiente, se va estrechando más y más a medida que ésta se orienta por o reincide en los alumbramientos infelices.

No decimos que también por respeto al lector, porque está más que demostrado que él sabe curarse en salud. Con frecuencia y extremando la profilaxis, se abstiene hasta de procurarse el libro óptimo.

Manuel González Sosa